

Pon tu mejor empeño en todo lo que hagas

(Eclesiastés 9; 10)

Por todo el libro de Eclesiastés, Salomón sostuvo que el mejor modo como una persona podía vivir la vida, es aceptando cada día tal como éste se presenta —es disfrutando de la vida en la medida que Dios la da. Enfatizó que Dios nos da todas las cosas —no sólo la vida, sino también los talentos y las herramientas, con las cuales trabajar cada día. Nos instó a contentarnos con el destino que en suerte nos toca vivir, sea éste cual sea. Debemos regocijarnos en los días de prosperidad y tratar de aprender de los días de adversidad. La adversidad nos puede ayudar a pensar sobriamente y a mantener nuestras vidas en el rumbo correcto.

Como Dios nos da todas las cosas, debemos usar lo que él nos da cada día para darle honra a él. Nadie puede vivir a plenitud sin darle honra al dador de la vida. El hombre sin Dios no tiene futuro. Las palabras de Salomón pueden parecer pesimistas en ciertos momentos, sin embargo ellas nos enseñan a pensar y a actuar positivamente. Es probable que su negativismo fuera el resultado de reflexionar en sus errores del pasado. Como había aprendido de sus éstos, estaba en capacidad de advertirles a otros en contra de cometer los mismos errores. La descripción de sus errores es la cara negativa de la enseñanza de Salomón, pero su consejo para evitarlos es la cara positiva.

En los capítulos 9 y 10, Salomón comenzó a darle forma a la gran conclusión de su tratado. El hecho de que la muerte sea inexorable, debe motivarnos a aprovechar al máximo todos los días de la vida. Salomón dice que para hacer esto se necesita de sabiduría (cap. 9), y que basta un poquito de necesidad para destruir los efectos de la sabiduría (cap. 10).

LA INEXORABILIDAD DE LA MUERTE (9.1–12)

Dios no hace acepción de personas en cuanto a los beneficios de la vida terrenal. Esto es lo que leemos en 9.2: “Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento”. Dios hace llover sobre justos e injustos (Mateo 5.45). No podemos saber cómo mira Dios a un hombre mirando a la condición de éste aquí en la tierra. El hecho de que una persona sea próspera no es señal de que Dios se agrada de la vida que vive. Tampoco la calamidad que sobrevenga a la vida de una persona es señal de que Dios la desapruéba. Las circunstancias en las que nos encontremos mientras estemos en la tierra les sobrevienen al bueno y al malo, a los que honran a Dios y a los que no lo honran. Sólo una diferencia se observa: Las obras del bueno y del sabio son dirigidas por la mano de Dios. Estas obras no pasarán inadvertidas para Dios, incluso, aunque los demás no perciban diferencia alguna en la forma como el mundo trate a tales hombres.

La muerte es un evento que les sucede a todos (9.3–6). Puede parecer injusto que los hombre piadosos deban sufrir el mismo destino terrenal que los impíos. Si no tomamos en

cuenta los beneficios eternos que les pertenecen a los que sirven a Dios, es poco el incentivo que tendremos para ser piadosos. Habrá quienes elijan un camino de maldad y desvarío por no apreciar las ventajas de ser piadosos.

Esto fue lo que Salomón dijo: “Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto” (9.4). En el mundo antiguo, al perro se le consideraba el más bajo de todos los animales. A los perros no se les tenía como mascotas, tal como se les tiene hoy día. Al león se le consideraba el rey de las bestias, se le admiraba por su valentía y rapidez. Esto es lo que Salomón estaba diciendo: “Es mejor ser un don nadie vivo, que algún grande muerto. Sólo los vivos tienen esperanza de conocer o lograr algo sobre esta tierra”. Esto es lo que el versículo 5, dice: “Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben...” . Todas las obras de los muertos han acabado (9.6).

Es difícil distinguir si estas palabras de Salomón son producto de su propia decepción con la vida, o si éste estaba refiriéndose a la forma como miran la vida los que están sin Dios. El modo de hablar de muchas personas, incluso hoy día, no refleja un conocimiento ni un entendimiento de lo eterno. Dios es un Dios eterno —no es sólo el Dios de los que viven sobre la tierra. Cuando Dios se le apareció a Moisés en la zarza ardiente (Éxodo 3.6), esto fue lo que le dijo: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob” (énfasis nuestro). Estos patriarcas ya habían muerto siglos atrás, sin embargo el pasaje dice que Dios es, no que era, el Dios de ellos.

Debemos vivir la vida a plenitud (9.7–12), según Salomón. Debemos disfrutar de los bienes de nuestro trabajo y ser felices con lo que Dios nos da. Salomón decía que debemos utilizar nuestras bendiciones para darle honra a Dios mientras estemos vivos, porque eso es lo que Dios quiere.

Salomón no practicaba lo que él aconsejaba respecto de las mujeres. Él tuvo setecientas esposas, pero debió haber aprendido por experiencia que el plan de Dios es inigualable. Al principio, el plan de Dios era que cada hombre tuviera sólo una mujer. Él toleró, antes de la venida de Cristo, que algunos hombres se casaran con varias mujeres, así como que se divorciaran y contrajeran nuevas nupcias (Mateo 19.3–9), pero a él nunca le agradó esto. En el libro de Dios, no hay mejor consejo marital que éste: “Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol...” . Salomón dio un consejo similar en Proverbios 5.18–19: “... alégrate con la mujer de

tu juventud” .

Luego Salomón aconsejó: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas;...” (9.10). Cualquier cosa que merezca hacerse, merece hacerse bien. Reiterando, la fuerza motivadora es darse cuenta de que, hágase lo que se haga, ello debe hacerse en esta vida. Así continúa el versículo 10: “... porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría” .

Jamás podremos saber qué es lo que exactamente ocurrirá en nuestras vidas. Esto fue lo que Salomón dijo:

Me volví y vi debajo del sol, que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontecen a todos (9.11).

No siempre es el corredor más rápido ni el soldado más fuerte el que gana. El sabio no siempre es el que come mejor; tampoco es siempre el sabio el que llega a tener riquezas. Las circunstancias adversas pueden sobrevenirle a cualquiera. La vida presenta muchos escollos, y no podemos prever, con anticipación, cuándo es que estaremos a punto de tropezar con uno. Salomón dice que esto guarda parecido con el pez que es atrapado en la red o con el ave que se enreda en el lazo (9.12). Algunas veces el final se da repentinamente. Por lo tanto, debemos aprovechar cada día de la vida al máximo, mientras tengamos ésta.

LA NECESIDAD DE TENER SABIDURÍA (9.13–18)

Aunque la sabiduría no siempre es deseada, ella siempre es el bien máximo. En 9.14–16, se cuenta la historia de una pequeña ciudad, la cual fue atacada por un gran rey. El rey rodeó la ciudad con su poderoso ejército. Dentro de la ciudad un pobre hombre que era sabio, sabía qué era lo que se podía hacer para librar aquella ciudad del sitio que se le había impuesto. Después de librarla, el hombre pobre que lo logró, fue olvidado. Sólo un pueblo malagradecido olvidaría los sabios logros de un hombre así. La ingratitud puede causarle un severo daño a una nación. Son muchos proyectos los que dejan de hacerse por falta de aprecio hacia los que han trabajado arduamente en el pasado. Muy a menudo las personas dan por sentada la sabiduría que unas y otras tienen. Aunque esto es cierto, la sabiduría siempre es mejor que la fuerza.

Las palabras calladas de un hombre sabio son más poderosas que el clamor de un rey necio (9.17). La sabiduría y el entendimiento son más

poderosos que toda arma de guerra, pero una persona inescrupulosa y mala puede destruir mucho bien (9.18).

LOS EFECTOS DESTRUCTIVOS DE LA NECEDAD (10.1–20)

Un poquito de necedad puede destruir los efectos de la mucha sabiduría (10.1). Salomón ilustró esto diciendo que unas pocas moscas muertas hacen heder el perfume. Un pequeño error puede arruinar la buena reputación de un hombre al que se le creía sabio. El corazón del sabio lleva a éste en la dirección correcta, mientras que el corazón del necio lleva a éste en la dirección equivocada (10.2). Un necio deja ver su necedad en su modo de conducirse y de hablar (10.3).

Cuando la sabiduría escasea entre aquellos que gobiernan, esto es especialmente devastador (10.4–7). Cuando un gobernante u oficial de gobierno se comporta arbitrariamente, no debemos dejar nuestra compostura. Más bien, debemos ser pacientes y exhibir un espíritu de tranquilidad, pues “la mansedumbre hará cesar grandes ofensas” (10.4).

Uno de los errores más destructivos que los gobernantes pueden cometer, es el de delegar una gran autoridad en los necios, a la vez que le niegan a hombres capaces el lugar digno donde merecen estar. Los que deberían ser siervos andan a caballo, lo cual es señal de que ocupan puestos de autoridad e importancia. Los que deberían ocupar puestos importantes andan a pie, sumisos como siervos ordinarios.

La necedad lleva al fracaso. Dado que hay peligros en todo lo que se haga (10.8–11), el necio puede acarrear destrucción para sí mismo por descuido. Salomón dice que el que cava un hoyo peligra caer en éste. El que echa abajo un vallado corre el peligro de ser mordido por una serpiente. El albañil y el leñador también corren riesgos. El sabio, por el contrario, no continuará usando una hacha sin filo, y no se abstendrá de usar una afilada por pensar que ésta es más peligrosa. El sabio afila la hoja, pues sabe que se ahorra fuerzas para hacer el trabajo. Si una serpiente puede morder antes de ser encantada, es poca la esperanza que se puede poner en el encantador. La serpiente todavía será peligrosa. En todo lo que se haga serán necesarias la sabiduría y la prudencia.

Observe el modo como Salomón contrasta las obras y palabras del sabio con las del necio:

Las palabras de la boca del sabio son llenas de gracia, mas los labios del necio causan su

propia ruina. El principio de las palabras de su boca es necedad; y el fin de su charla, nocivo desvarío. El necio multiplica palabras, aunque no sabe nadie lo que ha de ser; ¿y quién le hará saber lo que después de él será? (10.12–14).

Las palabras del sabio son llenas de gracia. Tienen algún significado. El necio, en cambio, dice barbaridades cada vez que abre su boca. Da comienzo con necedades y al final estará poniendo por las nubes a la más completa locura. Cree saberlo todo —incluso el futuro. Nadie podrá llamarle la atención ni advertirle de nada.

Luego, Salomón hizo notar que el necio se cansa con tan sólo pensar en el trabajo (10.15). Un poquito de trabajo lo cansa al punto que no le queda energía ni para saber hacia dónde se dirige.

La sabiduría es de gran valor para todas las personas, sean ésta reyes o siervos (10.16–20). Es digna de compasión la tierra que sea gobernada por un muchacho que es demasiado inmaduro para ser sabio. Sus consejeros andan ebrios antes del mediodía. En cambio, es bendita la tierra cuyo líder es hijo de nobles, y cuyos consejeros cumplen con la tarea antes de sentarse a comer y a beber, pues cuando comen lo hacen para fortalecerse, no para emborracharse.

La necedad puede ser destructiva de muchos modos. Salomón dio varios ejemplos de comportamiento necio, autodestructivo (10.18–20). Primero, habló de la pereza. Cuando las personas son perezosas, sus casas se caen alrededor de ellas. Las vigas se pudren por causa del techo que hace agua, y toda la techumbre colapsa (10.18). Luego, dijo que los necios se preparan banquete para divertirse (10.19). Consumen vino para escapar de la realidad y así tener una falsa ilusión de felicidad. Creen que el dinero lo puede resolver todo. Luego, dijo que es insensato hablar mal de los que gobiernan —incluso en lo secreto de nuestra recámara. Una insignificante ave (o insecto) podría escuchar lo dicho y hablarle a otros de nuestra indiscreción (10.20).

CONCLUSIÓN

Salomón recopiló estas ideas con el fin de enseñarle a todo mundo acerca de la sabiduría que hay en pensar sobriamente y en estar contentos con la vida que vivimos. Las personas descontentas, que siempre están persiguiendo metas egoístas, jamás serán verdaderamente felices. Jamás podrán darse cuenta de qué es lo que realmente trata la vida. Se lanzan a correr por el carril de alta velocidad de la autopista de la vida, incapaces de disfrutar y de apreciar ésta a la medida que avanzan por ella. ■